

## CAPÍTULO VII

### Los Gobiernos compuestos.

§ 483. En el capítulo anterior hemos examinado el desarrollo del primer elemento de aquel organismo triple y uno que vimos aparecer en todas partes en los orígenes de las sociedades. Vamos á examinar ahora el desarrollo del segundo elemento, es decir, del grupo de hombres que dirigen á la sociedad, y entre los cuales no era al principio el jefe más que el miembro más eminente. Vamos á investigar en qué condiciones se desenvuelve este elemento hasta el punto de dominar á los otros dos, qué causas restringen su esfera propia y cuáles la amplían, llegando á confundirse este segundo elemento con el tercero.

Si los sentimientos y las aptitudes íntimas de una raza contribuyen mucho á determinar la grandeza y cohesión de los grupos sociales, todavía contribuyen más á la determinación de las relaciones que entre los miembros del grupo se establecen. Si el género de vida que se sigue produce como consecuencia tal ó cual estructura política, no es ajeno tampoco este resultado á los efectos del carácter hereditario. El estado primitivo en que la autoridad directora está repartida por igual entre todos los guerreros ó todos los ancianos, ¿en qué casos se trueca en aquel otro estado en

que el poder directivo se convierte en privilegio de una sola persona? La solución de tal problema depende en parte de la vida que hace el grupo, belicosa ó pacífica, y en parte del carácter de sus miembros, que les impulsa á oponerse con mayor ó menor tenacidad á una dominación usurpadora. Algunos hechos aclararán esta idea.

Los alfurus (insulares papuas), que «viven en paz y se aman fraternalmente», no reconocen «otra autoridad entre ellos que las decisiones de los ancianos» (1). Entre los inofensivos todas «cuantas disputas y cuestiones surgen se resuelven por arbitraje ó las decide un consejo de cinco individuos (*puncheyet*)» (2). Los bodos y los dhimales, de quienes se dice que son rebeldes al servicio militar y desprovistos por completo de arrogancia, de espíritu vengativo, de crueldad y de orgullo, «tienen en cada una de sus tribus un jefe nominal que paga en nombre de ella la contribución, pero carece de autoridad, y un consejo de ancianos es quien resuelve las disputas» (3). Puede observarse en estos ejemplos que, á la vez que faltan las causas favorables á la supremacía de un jefe, concurren las contrarias.

Los papuas, raza cuyo tipo vemos personificado en los alfurus de que antes se habló, son, por lo general, según Modera, Ross y Kolffe, benévolos y de buen natural. Al propio tiempo, Earl los considera incapaces para la vida militar; «su aversión á la autoridad les priva en absoluto de la organización que necesitarían para poder defenderse de cualquier ata-

(1) Kolffe, *Voyage du brick hollandais Domega*, 161.

(2) Shortt, *Transactions of the Ethnological Society*, new series, VII.

(3) *Transactions of Ethnological Society of Bengal*, XVIII, 708.

que» (1). Los bodos y los dhimales, que «no cometen violencia alguna unos contra otros ni contra sus vecinos», oponen tenaz resistencia á los mandatos injustificados. «Una horda verdaderamente amable», que pertenece á la misma raza, los lepchas, á quienes los viajeros nos presentan unánimemente como hombres buenos, pacíficos y de suave trato, abominan también el servicio militar y «consienten en padecer grandes privaciones, según se dice, primero que transigir con la opresión ó la injusticia» (2).

Donde quiera que hallamos una enérgica repugnancia á someterse á la autoridad, se conserva la organización política descentralizada, no obstante el régimen militar cuyo efecto ordinario es el establecimiento del gobierno de un jefe. Los nagas «no tienen rey y la idea de que otros lo tengan les causa risa»; «sus aldeas están en perpetua guerra»; «cada cual es dueño absoluto de su persona y se deja llevar de sus pasiones y tendencias tanto como su fuerza bruta se lo permite». Sabemos también que «las disputas secundarias y las desavenencias de poca importancia son resueltas por un jurado de ancianos, al arbitraje del cual se someten las partes. Hablando con exactitud, no hay entre los nagas ni sombra de autoridad constituida, y por extraño que esto parezca, la falta de gobierno no ocasiona una anarquía ni una confusión excesivas» (3). Lo mismo puede decirse de las tribus belicosas de la América del Norte. Schoolcraft dice de estos indios que «todos quieren gobernar y nadie ser gobernado. Todo indio se cree con derecho á hacer lo que le place, cree que nadie vale más que él y pelea antes que renunciar á lo

(1) Kolffe, obra citada, 6.

(2) Campbell, *Journal of Ethnological Society*, Julio, 1869.

(3) Stewart, *Journal Asiatic Society of Bengal*, XXIV, 603.

que considera legítimo» (1). Observa el mismo autor que entre los comanches, por ejemplo, «el principio democrático está profundamente arraigado» y «se celebran asambleas públicas á intervalos regulares durante el año» para discutir las cuestiones de gobierno. En ciertas regiones de la América central existían antes sociedades un poco más adelantadas y que sin dejar de ser belicosas se oponían al establecimiento del monopolio del poder, por un sentimiento natural de recelo. El gobierno correspondía á un consejo electivo de ancianos que nombraba al jefe militar; cuando recaían sobre éste sospechas de que conspiraba contra el interés de la república ó quería arrogarse el poder supremo, el consejo le condenaba á muerte.

No cabe duda de que son innatas las particularidades del carácter que impulsan á ciertas razas á establecer desde el principio gobiernos compuestos y á oponerse á la formación de un gobierno político simple, hasta cuando se hallan bajo la presión de la guerra, pero no carecemos de medios para descubrir las circunstancias por virtud de las cuales han llegado á ser innatas dichas particularidades. Los comanches y los indios de la misma raza, que forman reducidas bandas errantes y son hábiles y activos jinetes, han vivido durante largo tiempo de tal modo que era difícil entre ellos que un hombre pudiese ejercer coacción sobre otro. Lo mismo ha pasado, si bien por otra causa, entre los nagas. «Habitan una región montañosa, áspera é impenetrable», y sus aldeas están construídas «en las crestas de las rocas» (2). Agréguese un hecho significativo que nos da á conocer cierta observación del capitán Burton. En Africa, como en Asia, se-

(1) Schoolcraft, *Expedition to the Sources of Mississipi*, II, 130.

(2) Stewart, obra citada, XXIV, 607.

gún este viajero, hay tres formas de gobierno que se distinguen claramente, gobiernos militares despóticos, monarquías feudales y repúblicas rudimentarias; estas últimas son el régimen de «las tribus de beduinos, las hordas montañosas y las de la manigua». Evidentemente, la designación de las dos últimas indica que habitan comarcas cuyos caracteres físicos no consienten el establecimiento de un gobierno centralizado y facilitan el de una autoridad más repartida, que trae consigo una subordinación política menor.

Estos hechos guardan relación con otros ya mencionados. Hemos visto (§ 17 y luego § 449) que es relativamente fácil que una sociedad se engrandezca cuando el territorio que ocupa es de aquellos en que todas las partes son fácilmente accesibles y además está rodeado de barreras que impiden la huida. Observamos también, por el contrario, que se hace imposible ó se retarda mucho la formación de una sociedad extensa cuando las comunicaciones son difíciles en el territorio ó es fácil salir de éste. Ahora podemos ver más claramente que las condiciones físicas indicadas no son tan sólo un obstáculo para la integración política en su aspecto primitivo ó sea el del crecimiento de la masa social, sino que lo son también para el desenvolvimiento de una forma de gobierno centralizada. Las circunstancias que dificultan la consolidación social dificultan también la concentración del poder político.

Pero lo que ahora nos importa es demostrar que la influencia continuada de uno ú otro de estos sistemas de condiciones da al hombre un carácter propio para la organización política centralizada, ó para la descentralizada. Cuando una raza vive por espacio de muchas generaciones en una región en que se ha establecido el poder despótico, adquiere un carác-

ter adaptado á este régimen, en parte por efecto de la costumbre cotidiana y en parte por la supervivencia de los individuos que mejor se acomodan á vivir bajo dicho gobierno. Por el contrario, en una comarca á propósito para la independencia de grupos pequeños, se fortifican de generación en generación los sentimientos de resistencia al poder autocrático, pues no sólo mantienen vivos estos sentimientos las tentativas hechas de tiempo en tiempo para sojuzgar á tales grupos, sino que, en general, los que más tenazmente se resisten son los que permaneciendo independientes y transmitiendo á su posteridad el carácter que les es propio, determinan las tendencias de la tribu.

Después de haber examinado los factores externos é internos que influyen en las tribus simples, fácil es comprender de qué manera dejan sentir sus efectos cuando, ya por emigraciones, ya de otro modo, hallan estas tribus circunstancias propicias para el crecimiento que las convierte en grandes sociedades.

§ 484. El comienzo más oportuno de esta explicación es citar el ejemplo de un pueblo salvaje, en el cual ha podido verse, en época reciente, lo que ocurre cuando las condiciones son favorables para la unión de los grupos pequeños en una confederación.

Las naciones de los iroqueses, compuestas cada una de ellas de muchas tribus que antes guerreaban entre sí, tuvieron que defenderse contra los invasores europeos. Para que las cinco naciones, que por último llegaron á ser seis, combinaran sus esfuerzos con este fin, era preciso que se reconocieran unas á otras iguales poderes, puesto que no hubiera sido aceptada la alianza si las unas hubieran exigido la sumisión de las otras. Los grupos se unieron con la idea de que continuaran intactos «sus derechos, privilegios y

obligaciones». Aunque el número de los *sachems* vitálicos y hereditarios nombrados por cada nación para formar el gran consejo fué diferente, cada una de las naciones tenía igual número de votos que las demás. Prescindiendo de los detalles de organización, debemos consignar que durante muchas generaciones, y á pesar de las guerras que tuvo que sostener esta liga, su constitución permaneció estable, sin que nadie se elevara al poder supremo, siendo de notar que junto á la igualdad de poder de los grupos existía la desigualdad dentro de cada uno de ellos, pues el pueblo no tenía participación en el gobierno.

Este ejemplo nos da la clave de la génesis de aquellos gobiernos compuestos con que nos ha familiarizado la historia antigua. Gracias á él podemos comprender cómo han podido coexistir, en una misma sociedad, instituciones despóticas, con otras que parecían basadas en el principio de igualdad, y que muchas veces han sido confundidas con las instituciones libres. Recordemos los antecedentes de los primitivos pueblos europeos que organizaron gobiernos de esta clase.

La vida pastoral y nómada creó hábitos de subordinación á un gobierno simple. El miembro de la tribu que tuviera la tentación de rebelarse, tenía que elegir entre someterse á la autoridad bajo cuya protección había vivido, ó abandonar el grupo y afrontar todos los peligros del aislamiento en el desierto. Favorecía también al establecimiento de esta subordinación la supervivencia más frecuente de los grupos en que se imponía con mayor fuerza. Efectivamente, en los conflictos entre los grupos, aquellos cuyos miembros se mostraban insubordinados, solían ser los más pequeños y los menos aptos para una cooperación eficaz, lo

cual los condenaba á desaparecer en la mayoría de los casos. Pero al propio tiempo que, en estas familias ó clanes, la obediencia al padre ó al patriarca encontraba circunstancias favorables, estas mismas circunstancias fomentaban el sentimiento de libertad en las relaciones entre los distintos grupos. Su dispersión y su movilidad no permitían que uno de ellos ejerciera autoridad sobre los otros. El hábito de resistir con buen éxito á la opresión extranjera ó de librarse de ella por la fuga, hábito continuado durante un número inmenso de generaciones, es lo que probablemente dió fuerza tan grande á la inclinación de estas tribus á levantarse contra toda autoridad extranjera y á rechazarla.

El que al unirse varios grupos disciplinados de esta suerte adopten tal ó cual forma de organización política es cuestión que depende, en parte, como ya hemos indicado, de las condiciones que los rodean. Aun cuando prescindiéramos de las diferencias que separan á los mogoles, los semitas y los arios, y que debieron de producirse en tiempos prehistóricos, por causas ignoradas de nosotros; aun en el caso de que la larga duración de la vida pastoral les hubiera dado á todos ellos una naturaleza en absoluto semejante, las grandes sociedades formadas por la combinación de hordas pequeñas no hubieran podido adoptar formas análogas sino bajo el imperio de circunstancias parecidas. Por efecto de circunstancias desfavorables, los mogoles y los semitas, donde quiera que se han establecido ó multiplicado, no han podido conservar la autonomía de sus hordas después de la unión de éstas, ni desenvolver las instituciones que de la autonomía se desprenden. Los arios mismos, entre los cuales han nacido las formas de gobierno menos centralizadas,

son una prueba de que las circunstancias, favorables ó desfavorables, lo modifican casi todo. En un principio, las diferentes ramas de esta raza heredaron en común el carácter mental, formado en la época en que sus antepasados vivían en el Indu Kush y en las comarcas vecinas, pero establecieron luego instituciones diferentes y se formaron los caracteres que corresponden á cada clase de estas instituciones. Los arios que se fijaron en las llanuras de la India, donde la gran fertilidad del suelo permite un crecimiento inmenso de la población y donde no hay más que débiles obstáculos naturales para el ejercicio de la autoridad, perdieron su independencia innata y no adoptaron los sistemas políticos que han florecido entre sus parientes occidentales bajo el influjo de circunstancias propicias á la conservación del carácter primitivo.

Hay que admitir, por tanto, que cuando los grupos sociales pertenecientes al tipo patriarcal se establecen en regiones que permiten un crecimiento considerable de la población, pero cuya estructura física se opone á la centralización del poder, aparecerá el gobierno político compuesto y se conservará por algún tiempo, gracias al concurso de dos factores: la independencia de los grupos locales y la necesidad de la unión para la guerra; veamos algunos ejemplos.

§ 485. La isla de Creta cuenta numerosos valles entre sus altas montañas. Se encuentran allí excelentes pastos y muchas posiciones que pueden fortificarse. Las ruinas que aun se conservan indican que los antiguos habitantes las habían utilizado. Lo mismo pasa en la mayor parte de Grecia. Un sistema orográfico complicado separa una de sus partes de la otra y

hace difícil el acceso á ambas. Se observa esto principalmente en el Peloponeso y sobre todo en la parte ocupada por los espartanos. Se ha observado que el Estado que domine las dos laderas del Taijeto posee medios de hacerse dueño de la Península; «es el acrópolis del Peloponeso, como esta Península es el acrópolis de Grecia» (1).

Cuando las sucesivas capas de los conquistadores helénicos vinieron á superponerse á los primeros habitantes de Grecia, traían el tipo de carácter y de organización común á los arios. Al tomar posesión de aquel territorio se diseminaron, como no podía menos de suceder, «en tantos clanes independientes como regiones separadas presentaba el país por las ramificaciones de sus montañas». La separación les hizo extraños unos á otros, y, por consiguiente, enemigos. En los primeros siglos de la historia griega, los clanes, que ocupaban las aldeas situadas en las montañas, se hallaban tan expuestos á las incursiones de sus vecinos, que plantar árboles frutales era perder el tiempo. Vivían en un estado análogo al que se observa actualmente en las tribus montañosas de la India, tales como los nagas.

Un pueblo que se disemina por una región y en que se aíslan los grupos pequeños comarcanos, y más todavía los grupos de grupos, menos próximos unos á otros, que se forman con el tiempo, puede conservar la tradición de su origen común y reconocer la autoridad del varón de más edad, representante del patriarca, pero cesa de tener un gobierno general y cada día se hace más difícil que conserve la sumisión á una

(1) Franshawe Tozer, *Lectures on the Geography of Greece*, 1873, 284.